

Pasión por los libros

Eugene Field hace un derroche de cultura libresca y saber sobre todo tipo de personajes del mundo editorial

■ M. PECELLÍN LANCHARRO

Un bibliómano, según sugiere la etimología griega de los dos términos que componen la palabra, es el que está afectado por la manía de los libros, caído en la enfermedad (contagiosa e incurable) del *librorum bacillus*, adquirida tal vez en la adolescencia e incrementada con el paso del tiempo. El bibliómano es un bibliófilo intensivo, en quien pueden concurrir agravantes: la «catalogitis», el «exlibrismo», el «grangerismo» (práctica de ilustrar libros con imágenes tomadas de otros), la «polifilia» (gusto por muchas cosas), la «camitis» (leer acostado) e incluso la

misoginia (al menos en épocas anteriores). No forzosamente, aunque ayuda mucho por motivos que Field explica con humor inglés, pueden adjuntarse la pronta calvicie y la afición a la pesca.

Todo ello padece, y en grandes dosis, el protagonista de 'Los amores de un bibliómano', quien por fortuna no adolece de la cleptomanía también achacada a sus homólogos.

El autor de este relato, Eugene Field (Saint Luis, 1850-Chicago, 1895), conoce bien el mundo que retrata. Poniéndolo en boca de alguien llegado ya a la senectud, refiere en primera persona los orígenes, desarrollo, vicisitudes y situación de la dolencia que sufre, haciendo un derroche de cultura «libresca». Por las páginas de la novela discurren, sabiamente traídos, impresores, encuadernadores, ilustradores, bibliotecarios, libreros, anticuarios, críticos y claro está, escritores más o menos célebres en la

historia de la literatura. La obra es ante todo un canto al libro, cuyas virtudes se elogian en pasajes tan sugestivos como éste, en realidad una recreación de otro contenido en el 'Codex Miscellaneus' (s. XIII): «Risa para mis momentos alegres, distracción para mis preocupaciones, consuelo para mis pesares, charla ociosa para mis momentos de mayor pereza, lágrimas para mis penas, consejo para mis dudas y seguridad contra mis miedos. Todo esto me dan mis libros, con una prontitud y certeza y una alegría que son más que humanas. Por eso yo no sería humano si no amara a estos amigos y no sintiera eterna gratitud hacia ellos» (pág. 81).

Hasta cuando si se equivocan («aliando bonus dormitat Homerus») pueden resultar deliciosos, según demuestra el autor recordando graciosismos erratas, deslices tipográficos que se harían célebres, como el de la Biblia Wicked (Picara), que omite el

adverbio «no» en el séptimo mandamiento (en el original sin no more frente a sin on more). O el de Rabelais, cuando escribe («sin intención») «áne» (asno) en vez de «áme» (alma). Por no citar un suelto del diario de Berlín donde se puso que Bismark buscaba establecer relaciones honradas y sinceras con todas las «Mädchen» (chicas) en vez de «Machten» (potencias europeas). (Por cierto, en un periódico de Extremadura, a mitad del XX, para enfatizar el enfado de las mujeres, en vez de decir que estaban con el «ceño» fruncido, el diablo de la imprenta trastocó la primera vocal por proximidad con la segunda, no sin el inevitable escándalo de los lectores).

No resultan menos divertidos los apuntes de la obra sobre el trascendental papel de los monjes medievales para la transmisión de la cultura grecolatina; el refinado gusto de los célebres impresores, por ejemplo la



LOS AMORES DE UN BIBLIÓMANO

Autor: Eugene Field. Cáceres. Periférica. 2013.

familia Ezelvir; la bibliofilia de algunos grandes políticos, v.c. Gladstone y Napoleón o la ingeniosa caracterización de los libreros. Tan convincente resulta el buen Field, que, terminada la lectura, se siente uno inclinado a repetir con él 'La oración del bibliómano' (pág. 200): «Pero sí, oh Señor, te place/mantenerme en el camino de la tentación./con humildad ruego ser/especialmente tentado hoy/. Que mi tentación sea un libro/que pueda comprar, guardar y conservar./y que, cuando otros lo vean/se lamenten al saber/que lo conseguí a buen precio».

la jet de papel

Gore Vidal
Escritor

Tanto por su obra literaria y ensayística como por sus declaraciones a los medios de comunicación, el escritor estadounidense Gore Vidal se mostró siempre en vida como un impenitente polemista. Y la polémica, esta vez sobre su testamento y en sede judicial, lo acompaña aún tras su muerte, ocurrida



en 2012. Burr Steers, sobrino del autor, ha impugnado su último testamento, dictado en 2001, un año antes de su fallecimiento, en el que Gore Vidal desheredaba a Steers y designaba como heredera de sus bienes a la Universidad de Harvard. Según el sobrino, el escritor llevaba por entonces un par de años sumido en el alcoholismo y la demencia y le había acusado de ser un impostor de la CIA e intentar secuestrarlo.

Yves Bonnefoy
Poeta

Del 30 de noviembre al 8 de diciembre tendrá lugar en México la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (FIL), la más importante del mundo hispanohablante. El mismo día 30 el poeta francés Yves Bonnefoy recibirá el Premio FIL de Literatura en lenguas romances, que se otorga al conjunto de la obra escrita por un autor



en español, catalán, gallego, francés, occitano, italiano, rumano o portugués. Bonnefoy, considerado por muchos como el mayor poeta francés contemporáneo, nació en Tours, en 1923, y es autor de numerosos ensayos sobre arte, entre los que se encuentran los dedicados a Goya y Miró. Sucesor en la lista de galardonados por la FIL a Alfredo Bryce Echenique (2012) y Fernando Vallejo (2011).

Literatura en curso

Ricardo Piglia, que dio clases en Princeton, se inspira en el ámbito universitario para esta novela

■ E. GARCÍA FUENTES

Como me he estado documentando para escribir esto, he sabido que el argentino Ricardo Piglia estuvo dando clases en la Universidad de Princeton, así que conozco por propia experiencia el ámbito donde se desarrolla su última novela: un texto que, una vez más, parte de los propios parámetros del género para irse construyendo.

Lo que al principio parece la rememoración de una tórrida aventura amorosa surgida durante un periodo académico, se torna, con el devenir de la trama, en una suerte de novela policíaca, tamizada por el peculiar estilo del escritor, en la que la clásica propuesta de descubrir al autor de un asesinato se va contagiando de un tan

atrayente como enrevesado matiz intelectual.

Quienes hemos pasado por la universidad siempre hemos sospechado o conocido de primera o segunda mano, el peligroso «huis clos» que tal ámbito constituye y, de una forma u otra, hemos percibido el soterrado clima de envidias, rencores y contenida violencia de las relaciones que en él se establecen. Ahora, Emilio Renzi –el protagonista habitual de las novelas de Piglia– recibe una invitación de una universidad norteamericana para dictar un seminario sobre William Henry Hudson, el decimonónico escritor inglés nacido en Argentina. Una vez allí, retoma su antigua y esporádica relación con la pujante profesora (experta en la narrativa de Joseph Conrad) Ida Brown –nombre que, obviamente, explica el juego de palabras que el título propone– y, como dije, nos situamos en los convencionalismos y farsas del mundo académico que envuelven la clandestina relación que ambos mantienen.



EL CAMINO DE IDA
Autor: Ricardo Piglia. Barcelona. Anagrama. 2013.

Hasta que se produce el inopinado giro de la trágica muerte de ella (no reviento nada que no se encargue de hacer la contraportada del libro).

Profundamente afectado por la pérdida, el protagonista comienza a indagar el motivo de lo que aparenta ser un acto terrorista y descubre, gracias a la ayuda de un curtido detective, que el suceso podría estar relacionado con una serie de atentados que se han llevado por delante la vida de diferentes personajes vinculados al mundo académico durante varios años, sin que los desesperados intentos del FBI por encontrar al autor hayan dado resultado hasta ese momento. Pero miren por dónde, las pesquisas parecen ahora dar fruto y, coincidiendo con la investigación posterior al asesinato de Ida, la novela vuelve a dar un giro temático para centrarse en el fascinante personaje de Thomas Monk –un brillante matemático, pro-

fesor de la acreditada universidad de Berkeley–, con el que, en su momento la mencionada Ida tuvo una relación.

Este Monk parece ser el autor de esa espaciada cadena de atentados que tuvo en jaque a la policía durante tantos años, y los más puestos ya se han apresurado a señalar que toda la acción que protagoniza es un claro trasunto de aquel tristemente famoso 'Unabomber' que tuvo en jaque a los federales hasta que fue detenido. Sea como fuere, la novela vuelve a sufrir una transmutación y pasa ahora de policíaca a toda una densa reflexión sobre el violento mundo en que vivimos, en el que el áspero y ambiguo tratamiento que de este tema de la violencia se da en la vida norteamericana, juega, para bien o para mal, un importante papel. Añadamos a esto que toda la cuestión del asedio policial hace al protagonista contrastar con la experiencia propia durante los años de la dictadura argentina.

Como puede observarse, vida, literatura y experiencia se van imbricando en un texto que, a veces con un cierto tono ensayístico, termina por ser una amena disertación sobre conflictivos asuntos, que van desde la posible ética del terrorismo (Munk, en la cárcel, es saludado por multitud de asociaciones, que lo consideran un héroe anti-sistema), hasta el nihilismo al que propende el sistema capi-

talista, cuya única redención posible parece ser una vuelta a la naturaleza. Y, sobre todo, por encima, por dentro, como añadido o ingrediente fundamental, la latente presencia de lo literario. El carácter de especialista en Conrad que tiene la profesora asesinada, enhebrará un hilo secundario que terminará por explicar la acción principal, pues mucho de su resolución guarda relación directa con la novela 'El agente secreto', del polaco que mejor escribió en inglés.

Plantamientos y elucidaciones sobre Tolstói, objeto de estudio de otro personaje secundario, adquieren su verdadera dimensión desde el momento en que se presenta al escritor ruso como paradigma de alguno de los subtemas desarrollados, pero sobre todo, la extraña petición que el asesino en serie realiza de que le permitan publicar un manifiesto y así dejará de matar, eleva a lo peligroso el concepto de la necesidad de conseguir lectores.

Conflictiva mezcla esta de realidad y ficción; la literatura termina por convertirse no sólo en exegética de cuanto nos rodea, sino casi en demirgo de esa misma realidad. Ya nos advertió, en los mencionados tiempos universitarios, otro Ricardo, con del don delante, que la literatura siempre se nutre de literatura. Es evidente ahora el resultado de su crecimiento.